

Jack lo miraba cortar su pan á grandes rebanadas.



IX

Primera aparición de Relisario.

Una tarde que D'Argenton y Carlota habían ido á Corbeil, impulsados por esa necesidad de cambiar de sitio que persigue á todos los desocupados, Jack, que se había quedado solo con la tía Archambault, tuvo que renunciar á salir al bosque, porque amenazaba un gran temporal.

El cielo, un cielo de Julio, cargado con espesos vapores, se iba obscureciendo por el borde de aquellas nubes donde oíanse sordos truenos; y el valle, ennegrecido, mudo, desierto, tenía esa inmovilidad de la espera que

toma la tierra en los campos de la atmósfera.

Cansada de ver allí al niño sin hacer nada, la mujer del guardabosque miró al cielo y dijo á Jack:

—¿Sabe usted señorito Jack, que no llueve? De aquí á que empiece á caer agua, bien podía usted ser tan bueno, que se llegara á la carretera y me trajera un poco de hierba para los conejos.

El niño, satisfecho de ser útil, cogió una cesta y bajó corriendo el sendero que conducía desde la casa hasta el camino de Corbeil, y empezó á buscar los hierbajillos que se echaban á los conejos.

La carretera se perdía de vista, blanca, llena de un polvillo fino que daba tintes grises al follaje espeso de los olmos y á toda la linde del bosque. La carretera estaba desierta, sin un caminante, sin un carro, y agrandada por esa misma soledad. Jack, en el fondo de la cuneta, muy apresurado en su recolección, porque los truenos se acercaban, oyó de pronto muy cerca de sí una voz que gritaba con tono agudo y monótono:

“¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!...” Y después, en un tono mucho más bajo:

“¡Panamás! ¡Panamás! ¡Panamás!”

Era uno de los mercaderes ambulantes que recorren los pueblecillos cargados con su mercancía. Aquél llevaba á la espalda, como si fuese un organillo, un gran cesto lleno de sombreros de paja común, apilados unos encima de otros. Caminaba difícilmente, trabajosamente; las piernas zambas, los pies puestos de lado, metidos en unos enormes zapatos amarillos, con el aspecto de un herido.

¿No habéis observado qué triste es un peatón en una carretera?

No se sabe dónde va aquella vida errante, si la casualidad le procura un asilo, el abrigo de una granja para dormir. Parece arrastrar consigo la fatiga del camino recorrido y la incertidumbre de lo lejos en que entra. Para el campesino, aquel transeunte es el extraño, el aventurero; lo mira con desconfianza, lo sigue con la vista hasta la salida del pueblo, y no está tranquilo hasta que se encuentra de nuevo en la carretera, guardada por los gendarmes, aquél desconocido, que no puede ser más que un malhechor.

“¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!”

¿Para quién seguiría pregonando aquel pobre diablo? No había ninguna casa á la vista. ¿Sería para los pájaros, refugiados en el follaje de los olmos, temerosos é impacientes por la proximidad de la tormenta?

Sin dejar de pregonar, se había sentado en un montón de piedras y se enjugaba la frente con las manos, mientras Jack, al otro lado del camino, miraba aquella extraña cara, sin edad, terrosa y triste; con los ojos enrojecidos y lagañosos; con la boca informe, abultada, cubierta de una barba roja y enseñando unos dientes puntiagudos y espaciados, que parecían los dientes de un lobo.

Pero lo que más llamaba la atención en aquella fisonomía, era una gran expresión de sufrimiento; la queja muda de aquellos ojos tiernos, de aquella boca abultada, de todo aquel rostro inacabado, monstruoso, que parecía un ejemplar encontrado, por casualidad, de las edades prehistóricas. El infeliz tenía sin duda conciencia de su terrible fealdad; porque al ver enfrente de él aquel niño que lo miraba con cierta inquietud, le sonrió amablemente.

Aquella sonrisa lo puso todavía más feo; formó en las cisuras de la boca y alrededor de los ojos un millón de arruguillas, todo ese plegarse de la cara de los pobres, las cuales se arrugan, en vez de aflojarse, cuando sonrien. Pero tenía el aire tan bondadoso al sonreír de aquel modo, que Jack se tranquilizó en seguida y siguió cogiendo hierba.

De pronto un trueno espantoso y muy cercano conmovió el cielo y el valle entero. Por la carretera corrió un estremecimiento que levantó el polvo del suelo y de los árboles.

El hombre se levantó, miró las nubes con expresión de temor; luego, dirigiéndose á Jack, que también se había puesto en pie al oír el trueno, le preguntó si estaba todavía muy lejos del pueblo.

—Un cuarto de hora, poco más, respondió el niño.

—¡Ah, Dios mío! dijo el pobre buhonero; no puedo llegar antes de que empiece á llover. Se me van á mojar todos los sombreros. He traído demasiado, y el encerado que cubre el cesto no puede taparlos bien.

Jack tuvo un buen sentimiento al ver aquella consternación; además, su famoso viaje le hacía compadecer á todo el que andaba por los caminos.

—¡Eh! ¡Buen hombre, buen hombre! gritó al mercader ambulante, que ya se alejaba cojeando, apresurándose cuanto podía, pero sin gran resultado, porque sus piernas estaban tan torcidas como unas cepas... Si quiere usted, nuestra casa está muy cerca de aquí y podría usted refugiarse con sus sombreros.

El pobre hombre se apresuró á aceptar. ¡Era tan delicada su mercancía!

Y los dos juntos apretaron el paso por el sendero arri-

ba para que no les cogiese la tormenta. El hombre iba todo lo de prisa que podía; parecía ir haciendo esfuerzos prodigiosos, y levantaba mucho los pies á cada paso, como si los guijarros hubiesen sido ascuas.

—¿Está usted malo?, preguntó Jack.

—¡Oh! sí, siempre... Los zapatos me hacen daño. Tengo los pies tan grandes, que no puedo encontrar nunca calzado para ellos. Y esto es muy malo cuando tiene uno que andar mucho. ¡Oh! Si alguna vez soy rico, me haré hacer unos zapatos á la medida.

Y seguía andando, sudando, cojeando, dando saltitos y lanzando de cuando en cuando, y por costumbre, su pregón melancólico: "¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!"

Llegaron á la casa. El buhonero depositó en la entrada su cuévano de sombreros y se mantuvo allí en actitud humilde. Pero Jack quiso que se sentase en el comedor.

—Vamos, buen hombre, siéntese usted ahí. Va usted á echar un trago y á tomar un bocado.

El otro no quería, se excusaba. Al fin se resignó y dijo con su bondadosa sonrisa:

—¡Carimiba, señorito, puesto que usted se empeña, no he de desairarlo. Me he comido un mendrugo hace poco en Draveil, y ya sabe usted que cuando se acaba de comer se tiene siempre un poquillo de hambre.

La tía Archambault, que en su calidad de mujer del campo, esposa de un guardabosque, tenía un santo horror á los vagabundos, no ponía buena cara; pero no por eso dejó de poner encima de la mesa una hogaza y un gran jarro de vino.

—¡Ahora un pedazo de jamón!, ordenó Jack con tono resuelto.

—Ya sabe usted que al señor no le gusta que se toque al jamón, dijo la tía Archambault refunfuñando.

En efecto: el poeta era gastrónomo, y en la despensa había cosas expresamente para él, que se le tenían reservadas.

—¡No le hace, no le hace, tráigalo usted! dijo Jack, á quien no le desagradaba echárselas de amo de casa.

La buena mujer obedeció, pero en seguida se retiró á la cocina en son de protesta.

El hombre daba las gracias y comía con excelente apetito. El niño le servía de beber, lo miraba cortar el pan á grandes rebanadas, que se metía en la boca de medio lado para que entrasen.

—¿Está bueno, eh?

—¡Oh, sí! ¡Muy bueno!

Fuera, la lluvia azotaba los cristales, la tempestad rugía. El hombre y el niño charlaban envueltos en el bienestar que da el sentimiento del abrigo. El mercader contaba que se llamaba Belisario, que era el hijo mayor de una numerosa familia. Vivían en la calle de los Judíos, en París, él, su padre, sus tres hermanos y sus cuatro hermanas. Toda esa gente fabricaba sombreros de paja para el verano y gorras para el invierno; y una vez dispuesta la mercancía, unos recorrían los barrios, otros los pueblos, para venderla.

—Y usted... ¿va lejos?

—A Nantes, donde tengo una hermana establecida... Pasaré por Montargis, Orleans, la Turena, Anjou.

—Eso debe cansarlo á usted mucho, á usted que anda tan mal.

—Es verdad... No descanso un poco más que por la noche, cuando me quito estos malditos zapatos: y para eso, el placer que siento disminuye pensando que tengo que volver á ponérmelos.

—¿Y ¡oh! qué no viajan sus hermanos de usted?

—Son todavía demasiado jóvenes, y, además, el viejo Belisario, mi padre, no querría separarse de ellos. Le daría mucho disgusto. Yo ya es otra cosa.

Parecía que encontraba lo más natural del mundo que quisieran más á sus hermanos que á él. Luego añadió, mirando tristemente sus anchos zapatos amarillos, los cuales hinchaba y llenaba de bultos la deformidad de sus pies comprimidos.

—¡Si al menos pudiera hacerme unos á la medida!...

La tempestad iba en aumento. La lluvia, el viento, el trueno, hacían un ruido espantoso. No oían lo que hablaban; y Belisario seguía comiendo silenciosamente, cuando un gran golpe dado á la puerta y reiterado en seguida, hizo que Jack palideciera horrorosamente.

—¡Ay, Dios mío! dijo. ¡Ahí están!

Era D'Argenton, que volvía con Carlota. No debían volver hasta la noche, pero el miedo á la tormenta, de la que creyeron huir apresurándose, había adelantado su regreso. Habían recibido toda aquella terrible lluvia, y el poeta estaba furioso, atormentado por el temor de algún reuma.

—¡Pronto, pronto, Carlotilla!... ¡Que enciendan lumbre en el salón!

—Sí, hijo.

Pero mientras se sacudían y chotreaban agua, mientras ponían, abiertos para que se secaran, los paraguas

en el vestíbulo, D'Argenton vió con estupefacción la pila de sombreros de paja.

—¿Qué es esto?, preguntó.

—¡Ah, si Jack hubiese podido meterse cien pies debajo de tierra, con su convidado y la mesa puesta! De todos modos no habría tiempo, porque el poeta entró en seguida, paseó su mirada por el comedor y lo comprendió todo. El niño balbuceó algunas palabras para excusarse, para explicar: . . . pero el otro no lo escuchó.

—Carlota, ven y mira esto. No me habías dicho que el señorito Jack tenía convidados hoy. El señorito recibe á sus amigos.

—¡Ah! Jack, Jack, dijo la madre con tono de reproche.

—No le regañe usted, señora: he sido yo quien. . . . empezó á decir Belisario.

D'Argenton, furioso, abrió la puerta, y señalándose la al infeliz con gesto imperioso:

—En primer lugar, usted me hace el favor de callarse y largarse de aquí en seguida, vagabundo. Si no, hago que le prendan para enseñarle á usted á no meterse en las casas.

Belisario, á quien su triste oficio había acostumbrado á todo género de humillaciones, no protestó, recogió su cesto muy de prisa, dirigió una mirada triste á los cristales que chorreaban agua, otra mirada llena de agradecimiento á Jack, se inclinó para saludar humildemente, muy humildemente, y se mantuvo encorvado al salir al portal, salpicado por la lluvia copiosa que, al caer sobre los panamás, hizo más ruido que una granizada. Ya estaba fuera, y no pensaba en enderezarse.

Se le vió alejarse con la espalda puesta á todas las

crueledades de la suerte, á toda la furia de los elementos, y con voz lamentable, maquinalmente empezó á pregonar en medio de aquella lluvia torrencial:

“¡Sombreros! ¡Sombreros! ¡Sombreros!”

En el comedor hubo un momento de silencio, mientras la mujer del guarda encendía un hermoso fuego de sarmientos, mientras Carlota se ingeniaba para secar la ropa del poeta, y éste se paseaba en mangas de camisa, solemne y digno, presa de sorda cólera.

De pronto, al pasar por delante de la mesa, vió el jamón, su jamón, en el cual el cuchillo del buhonero, guiado por su feroz apetito, había hecho cortaduras profundas, agujeros como esas entrañas de caverna que abre el mar á la hora de las mareas vivas, y el final de las cuales no conoce nadie.

Se puso lívido.

Figúrase que aquel jamón era sagrado, como el vino del poeta, su tarro de mostaza y su agua universal!

—¡Oh! ¡No había yo visto esto!. . . . Era un verdadero festival. . . . ¡Cómo! ¿El jamón también?

—¿Han tocado el jamón?, preguntó Carlota levantándose indignada, estupefacta ante tamaña audacia.

La mujer del guarda añadió:

—¡Ah! ¡Caramba!, bien sabía yo que el señor regañaría por haber dado eso á ese bohemio. . . . Pero el señorito no lo sabía. ¡Es tan joven!

Jack, que ya no estaba en el paroxismo de su caridad, ni bajo la influencia de aquella sonrisa bondadosa.

—¡Oh! ¡Qué sonrisa tan buena, tan enterneedora!

—Jack estaba aterrado de lo que se había atrevido á hacer. Cómovido, tembloroso, balbuceó:

—¡Perdón!

¡Ah, sí, perdón!

Herido en su orgullo y en su glotonería, D'Argenton dejó desbordar todo lo que sentía de excitaciones, de crispaciones, de odio contra aquel niño, pasado misterioso, acusador de una mujer á quien amaba un poco, aunque sin estimarla en lo más mínimo.

Cosa rara en él, tuvo un acceso de cólera; cogió á Jack por el brazo, sacudió aquel cuerpo languirucho de adolescente, lo levantó como para demostrarle su debilidad.

—¿Por qué te has permitido tocar á ese jamón? ¿Con qué derecho?... ¡Bien sabías que no era tuyo! En primer lugar, aquí no hay nada tuyo. La cama donde duermes, el pan que comes, los debes á mi caridad. Y verdaderamente hago mal en ser tan caritativo. Porque después de todo, ¿te conozco yo acaso? ¿Quién eres tú? ¿De dónde has salido? Hay momentos en que la precoz depravación de tus instintos, me hacen temblar por tu origen....

Se detuvo al ver un signo desesperado de Carlota que le señalaba los ojos negros, interrogadores, curiosos, de la tía Archambault, que miraba de hito en hito. En la comarca se les creía casados; Jack pasaba por hijo del primer matrimonio de la señora D'Argenton.

Obligado á detenerse, á contener un mar de injurias que lo atagaban, D'Argenton exasperado, grotesco, mojado y humeante como un caballo de ómnibus, subió rápidamente á su cuarto y cerró la puerta de un portazo. Jack quedó consternado enfrente de la desesperación de su madre, que se retorcía los brazos preguntando á Dios qué había hecho para merecer una existencia semejante. Era el único recurso que tenía ante todas

las complicaciones de la vida. Como siempre, la pregunta quedó sin respuesta; pero hay que creer que había cometido faltas bien grandes para que Dios la hubiese condenado á convertirse en la compañera ciega y obtusamente enamorada de un ser como D'Argenton.

Para acabar de agriar el humor, ya tan negro del poeta, al aburrimiento, á la tristeza de la soledad, vino á unirse la enfermedad. Como todos los que han vivido mucho tiempo mal y comiendo carne de vaca rabiosa, D'Argenton tenía mal estómago. ¡Qué gran pretexto también para explicarse la esterilidad de su cerebro, los largos sueños echados en el sofá, aquella apatía que lo anonadaba! En lo sucesivo, el famoso: "Está trabajando el señor, está trabajando," fué reemplazado por: "El señor está con la crisis."

Con esa palabra vaga bautizaba un malestar intermitente que no le impedía ir varias veces al artesón de anasar y cortarse sendas cortezas de pan caliente, que untaba con queso y que se comía á bocados manchándose los bigotes. Aparte de esto, tenía todo el aspecto de un enfermo: el aire lánguido, el mal humor, las exigencias perpetuas.

La buena de Carlota lo compadecía, lo cuidaba, lo mimaba. Esa hermana de la Caridad que hay en el fondo de cada mujer, estaba ribeteada en ella por una sensiblería estúpida, que hacía que quisiera más á su poeta desde que estaba enfermo. ¡Cuántas invenciones para distraerlo, para aliviarlo! Ponía debajo del mantel una manta para amortiguar el choque de los platos y los cubiertos; inventó todo un sistema de cojines, con que arreglaba el sillón Enrique II de su cuarto de trabajo; luego una porción de cuidados menudos: la franela, las

infusiones, toda esa tibieza con que los enfermos adormecen, de buen grado, sus energías y que debilitan hasta el sonido de su voz. Es verdad que la pobre mujer, con esa alegría bulliciosa que la acometía algunas veces, destruía de un golpe todas sus virtudes de enfermera, volvía á su exuberancia de palabra, á sus gestos exagerados, y sólo se detenía un tanto confusa ante el abatimiento del poeta, que le decía con tono doliente: "¡Calla, mujer... qué me fatigas!"

Esta enfermedad de D'Argenton llevó á la casa un visitante asiduo, el doctor Rivals, á quien era necesario espigar, como al pascero, porque su clientela, muy numerosa y esparcida en un contorno de diez leguas lo acaparaba por completo. Entraba con su bondadosa cara, con la cabellera sedosa y enteramente blanca, los bolsillos de su enorme levitón atestados de folletos que leía por el camino, ya fuese en carruaje, ya fuera á pie. Carlota se ponía muy compungida al aborarlo en el corredor.

—¡Ah! doctor, venga usted pronto. ¡Si supiera usted en qué estado se encuentra nuestro pobre poeta!

—¡Bah! déjelo usted. No necesita más que distracción.

En efecto, D'Argenton, que acogía al médico con voz débil y llorosa, se alegraba tanto de verse delante de una cara nueva, de entrever en la monotonía de su existencia un elemento de variación, que olvidaba su enfermedad, hablaba de política, de literatura, deslumbraba al pobre doctor con el relato de la brillante vida parisiense; charlaba de los personajes que decía conocer, á los cuales había dirigido alguna vez una frase cruel. El doctor, muy cándido, muy franco, no tenía

razón alguna para dudar de aquella palabra fina, que hasta en sus vanidosas extravagancias parecía medir todas sus frases, y además el viejo Rivals no era hombre observador.

Le agradaba estar en aquella casa: tenía al poeta por inteligente, original; á la mujer por bonita, al niño por encantador, y no se le alcanzaba, como le hubiera sucedido á un espíritu más fino, qué lazos carnales, qué alfileres mal prendidos unían á aquellos tres seres y les hacían formar una familia.

¡Cuántas veces á mediodía, con su caballo atado á un barrote de la empalizada, el bueno del hombre se entretenía en casa de los parisienses, saboreando el grog que Carlota le servía y le preparaba ella misma, y relatando sus viajes á Indo-China, á bordo del "Bayonessa!" Jack permanecía allí, en un rincón, atento, silencioso, acometido por esa pasión por las aventuras que tienen todos los niños, pasión que pronto apagan las peripecias de la vida con su monótona nivelación y sus paulatinas estrecheces de horizontes.

—¡Jack!, decía brutalmente D'Argenton señalando á la puerta.

Peró el doctor intervenía:

—¡Déjelo usted! ¡Es tan agradable tener niños cerca de sí! Estos perrillos tienen un olfato asombroso. Estoy seguro que el de ustedes ha adivinado, sólo al verme, que me gustan los chiquillos con locura y que soy abuelo.

Entonces hablaba de su nieta Cecilia, que tenía dos años menos que Jack. Cuando empezaba el capítulo de las perfecciones de Cecilia, no acababa nunca: era más prolijo todavía que cuando contaba sus viajes.

—¿Por qué no nos la trae usted aquí? Los dos jugarían y se entretendrían, decía Carlota.

—¡Oh! no, señora. Su abuela no lo consentiría. No confía á nadie la niña, ni ella va tampoco á ninguna parte desde nuestra desgracia.

Esa desgracia, que el viejo Rivals recordaba con frecuencia, era la pérdida de su hija y de su yerno, muertos los dos antes del año de casados y poco después del nacimiento de Cecilia. Un misterio rodeaba aquella doble catástrofe. Con los D'Argenton las confidencias del doctor se limitaban siempre á estas palabras: "Desde nuestra desgracia..." y la tía Archambault, que estaba al corriente de lo sucedido, se encerraba en frases muy negras.

—¡Ah! ¡caramba! Las gentes que han pasado por un verdadero tormento...

No lo parecía, á juzgar por la animación y alegría del doctor, siempre que visitaba la casa. Tal vez contribuía algo el grog de Carlota, un grog tan cargado, que si la señora Rivals lo hubiese visto, se habría apresurado á echarle mucha ms áagua. Sea por lo que fuese, el bueno del hombre no se aburría en casa de los parisienses, se levantaba muchas veces diciendo: "Voy á Rís, á Tigery, á Morsang..." y continuaba la conversación comenzada, hasta que el piafar de su caballo, que se impacientaba en la puerta, le hacía echar á correr, saludando al poeta con unos buenos días, así como á Carlota, preocupada con su enfermo, y dando siempre la misma receta: "Distráigalo usted."

¡Distracerlo!

Ya no sabía qué hacer para procurarle distracción. Pasaban las horas muertas combinando las comidas, ó

salían al bosque en su carruajillo, llevándose el almuerzo envuelto en periódicos. El se aburría.

Compró un barquito; pero aquello fué peor, porque el viaje á solas en medio del Sena, era forzoso, absoluto y hasta insoportable para aquellos dos seres que no se hablaban una palabra y echaban los anzuelos por hacer algo y para encontrar, en el silencio obligado de la pesca, un pretexto, una excusa á su mutismo perpetuo.

Bien pronto la barquilla no sirvió para nada, y permaneció amarrada entre los juncos de la orilla, llena de agua y con las hojas caídas.

Luego siguieron las más singulares fantasías; reparaciones de la fachada, de la torrecilla, la construcción de una escalera exterior y de una terraza á la italiana, con la cual había soñado siempre el poeta, una porción de columnitas unidas por unas verjas de madera, guarnecidas de enredaderas. Pero se aburría también á pesar de su terraza.

Un día que había llamado á un afinador para que afinase el piano, en el cual tocaba algunas polkas, aquel **hombre, un extraño inventor**, le propuso que instalase en el techo un arpa aérea, una gran caja sin tapa, de cinco pies de alta, en la cual las cuerdas, tendidas, de longitud desigual, vibraban al viento sus acordes armoniosos que parecían quejidos. D'Argenton aceptó con entusiasmo. Apenas hubieron colocado el aparato, aquello fué sinjestro. Al menor soplo de aire se oían gemidos, modulaciones desgarradoras, gritos lamentables... ¡húúú... hú... húú!... Jack, en la cama tenía un miedo horrible, se tapaba la cabeza con las sábanas pa-

ra no oír aquel ruido. De allí arriba se oía una melancolía atroz, capaz de volver loco á cualquiera.

—¡Me fastidia esa arpa! Basta, basta gritaba el poeta exasperado.

Fué preciso desmontar toda aquella maquinaria, llevarse el arpa aérea á un rincón del jardín, esconderla para que no sonase. Pero aun escondida sonaba. Entónces acabaron por romper las cuerdas, por matarla á puntapiés, á pedradas, como se hace con un animal rabioso que se empeña en no morir.

No sabiendo ya qué inventar para distraer á aquel infeliz, cuya inacción iba convirtiéndose en una manía, Carlota tuvo una idea generosa: "¿Por qué no había yo de convidar á algunos amigos?"

Era aquello un verdadero sacrificio, porque ella lo quería para sí sola; pero la alegría del poeta cuando le dijo que Labassindre y el doctor Hirsch iban á ir á verlo, la recompensó. Hacía ya mucho tiempo que pensaba en una diversión que viniese de fuera, y de la cual no se atrevía á hablar, después de sus declamaciones sobre la dicha de la soledad y de la vida á solas con su querida.

Poco tiempo después, Jack, al entrar en casa para comer, oyó en los alrededores un jaleo desacostumbrado, risas, choque de copas que salían de la terraza nueva, mientras movían las cacerolas, cortaban leña para hacer lumbre en la gran cocina del entresuelo. Cuando se acercó reconoció las voces, las frases de sus antiguos profesores del gimnasio, á las cuales se unía la palabra de D'Argenton, no ya triste y quejumbrosa como de costumbre, sino reanimada al contacto de la discusión. El niño experimentó una impresión de terror á la idea

de volver á encontrarse cara á cara de aquellos seres que le recordaban horas tan malas, y temblando se escurrió al jardín para esperar la hora de comer.

—Señores, cuando ustedes gusten, vamos á la mesa, dijo Carlota presentándose en la terraza, fresca, animada, con un gran delantal blanco con peto hasta el cuello vestida como ama de su casa que sabe, cuando llega la ocasión, recogerse las mangas de encaje y ponerse á guisar.

Pronto bajaron al comedor, donde los dos profesores dispensaron una acogida bastante buena al pobrecillo Jack; y todos se sentaron á la mesa delante de una de esas excelentes comidas de campo que conservan de la prisa con que han sido cocidas, sabor á hierba y perfumes campestres.

Desde las dos puertas que se abrían sobre el jardín, que parecía desde allí confundido con el bosque, cantos de perdices, piídos de pajarillos entraban por allí hasta llegar á los comensales y con ellos los últimos rayos oblicuos del sol que se estrellaban contra las vidrieras.

—Demonio, hijos míos, ¡qué bien estáis aquí! dijo Labassindre de pronto, cuando después de la sopa tragada con gran apetito, cada cual recobró la libertad de sus pensamientos.

—La verdad es que somos muy felices, dijo D'Argenton apretando la mano de Carlota, á la cual encontraba mucho más bonita y seductora desde que ya no era él el único que la miraba; y se puso á hacer la descripción de su felicidad.

Relató los paseos por el bosque, las excursiones en un bote, las paradas en los ventorrillos de á orillas del

rio, antiguas paradas de coche, y las largas tardes de trabajo en medio de los profundos silencios del verano y las veladas al amor de la lumbre, en otoño, cuando empieza á refrescar y la llama va subiendo, chisporrotea, alimentada de raíces y de sarmentos.

Lo decía como lo pensaba en aquel momento, y ella también: figuraba haber hecho aquella vida ideal durante el tiempo de aburrimiento mortal que había pasado tan trabajosamente. Los otros dos escuchaban con gesto indecible de admiración, de envidia de placer, algo de amargura en la sonrisa, en lo cual se contradicen los ojos llenos de afabilidad y la boca torcida á impulsos de un despecho convulsivo.

—¡Ah! ¡Tú tienes suerte!, decía Labassindre. Cuando pienso que mañana á estas horas, mientras vosotros coméis aquí, en este sitio, yo me sentaré en algún bodegón, en el cual el aire que se respira, los vidrios tomados por la humedad, la ración que le sirven á uno, todo huele mal.

—¡Y si al menos estuviese uno seguro de comer todos los días en el bodegón! murmuró el doctor Hirsch.

D'Argenton tuvo un rasgo:

—¿Y quién os prohíbe pasar aquí una temporada? La casa es grande, la bodega está provista.

—Pues es claro, añadió Carlota apresuradamente; quédensen ustedes... estaremos muy bien... Haremos excursiones.

—¿Y la ópera? dijo Labassindre, que ensayaba todos los días.

—Pero usted, señor Hirsch, usted no trabaja en la ópera.

—Caramba, Condesa, que me dan ganas de aceptar

la invitación. Ahora tengo poco que hacer, porque toda mi clientela se ha marchado al campo.

—¡La clientela del doctor Hirsch en el campo! La cosa era excesivamente cómica. Sin embargo, á nadie le dió ganas de reír; entre bohemios estaban muy acostumbrados á esas fantasías.

—¡Vamos, decidete!, dijo Argenton. En primer lugar me harás un favor. En el estado de salud en que me encuentro, podré hacerte algunas consultas.

—Eso ya me obliga... Ya sabes lo que te he dicho: Rivals no sabe lo que tienes. En un mes yo me encargo de ponerte bueno.

—Bueno. ¿Y el colegio? ¿Y Moronval? exclamó Labassindre, furioso al ver que el otro iba á disfrutar de un placer que no podía él compartir.

—¡Ah! peor para él. Ya estoy harto del colegio, de Moronval y del método Decostère...

Y el doctor, que veía seguro por algún tiempo un albergue y la comida, se deshizo en quejas, en imprecaciones contra el colegio que le daba de comer? Moronval no era más que un farsante; no tenía un cuarto, no pagaba nunca; además, todo el mundo lo dejaba, la cuestión de Madú le había perjudicado mucho.

Los demás le siguieron en aquel tono y destrozaron a Moronval. Llegaron hasta á felicitar á Jack por su escapatoria, que, según parecía, había puesto al mulato en tal estado de rabia, que le había dado un formidable ataque de bilis.

Una vez en aquel terreno que les era familiar, los tres amigos no se detuvieron, y toda la noche la pasaron cortando sayos, como ellos decían.

Labassindre se los cortó á los primeros artistas de la ópera, farsantes sin voz y sin talento.

Se lo cortó á su director, que á propósito lo hacía morir, haciendo papeles secundarios. ¿Y por qué? Porque sabían sus opiniones socialistas, porque sabían que había sido obrero, que procedía del pueblo y que amaba al pueblo.

—Sí, señor, amo al pueblo decía el cantante animándose y golpeando la mesa con sus enormes puños. ¿Y qué? ¿Qué les importa á ellos? ¿Acaso por eso no doy mi famosa nota? Y me parece que la doy, ¿eh?... “Oídme, hijos míos.” Y ensayaba su nota, la acariciaba, la gargarizaba con delicia.

Luego llegó el turno á D'Argenton. Entrecortaba los sayos metódicamente, físicamente, á tijeretazos pequeños y secos. Los directores de teatros, los libretos, los autores, el público, para todo el mundo hubo algo; y mientras Carlota, ayudada por Jack, cuidaba del café, los tres estaban allí, con los codos sobre la mesa, charlando por los codos para ayudar á la digestión.

La aparición del doctor Rivals acabó de animar la sesión. Satisfecho de encontrarse con numerosa y alegre sociedad, el excelente doctor tomó asiento á la mesa.

—Ya ve usted, señora de D'Argenton, que nuestro enfermo no necesita más que distracción.

Detrás de sus ahuecadas gafas relampaguearon los ojos del doctor Hirsch.

—No soy de la misma opinión, doctor, dijo de buenas á primeras, poniéndose la barba en la mano y preparándose á la batalla.

El viejo Rivals miró, no sin cierto estupor, á aquel personaje singular, craso, con corbata blanca, afeitado.

calvo, y que como no tenía sano más que un poco del ojo izquierdo, necesitaba, para ver á su interlocutor, ponerse de aquel lado y hablar de perfil.

—¿El señor es médico?, preguntó.

D'Argenton ahorró á su amigo el trabajo de mentir.

—El doctor Hirsch... el doctor Rivals... dijo presentándolos uno á otro.

Se saludaron como dos adversarios en el terreno, que cruzan las miradas antes de cruzar los aceros. El bueno de Rivals, que creía tener que habérselas con una notabilidad de París, algún extravagante genial, tomó al principio una actitud modesta, pero pronto echó de ver el desorden de aquel cerebro lleno de utopías. Entonces levantó la voz él también para corresponder al tono pedantesco, desdeñoso del doctor Hirsch, que empezaba á calentarle las orejas, las cuales estaban ya naturalmente muy coloradas.

—Mi querido compañero, me permitiré hacer observar á usted...

—¡Ah!, usted perdone, mi querido compañero...

Una verdadera escena de una comedia de Molière, con su latínajo correspondiente, con la diferencia de que en tiempo de Molière no existía ese tipo de desheredado como el de Hirsch, porque para que se produjera ha sido necesario que venga ese nuestro siglo XIX, turbulento, acalorado, demasiado lleno de ideas.

La enfermedad de D'Argenton era el asunto de la discusión, y era curioso el ver la expresión singularmente cómica del poeta, á quien le parecía por una parte que el doctor Rivals lo tomaba demasiado como enfermo imaginario, y por la otra no podía contener cierto gesto al oír la espantosa nomenclatura de complicados

males, de los cuales lo suponía atacado el doctor Hirsch.

—Acabemos, dijo éste levantándose de pronto. Dénme ustedes una hoja de papel, un lápiz... ¡Bueno! Ahora voy, con la ayuda del plesímetro, á dibujar, á calcar la enfermedad de nuestro pobre amigo.

Sacó de un bolsillo de su amplio chaleco ese instrumento que se llama plesímetro.

—Ven aquí, dijo á D'Argenton que estaba muy pálido; y desabrochándole bruscamente la levita, extendió la hoja de papel por el pecho, pasó por encima su plesímetro, auscultándolo y trazando cada vez que aplicaba el oído, unas cuantas líneas con el lápiz. En seguida extendió sobre la mesa su papel lleno de jeroglíficos, como mapa dibujado por un niño.

—Sean ustedes jueces, dijo. Este es el hígado de nuestro amigo, exactamente dibujado del natural. Francamente, ¿tiene esto la facha de un hígado? Miren ustedes dónde debía estar, y dónde está... Y observen que las proporciones gigantescas que ha adquirido, son á expensas de los demás órganos. ¡Figúrense ustedes qué desórdenes, qué destrozo.

Y con unos cuantos rasgos vigorosos del lápiz, iba señalando los destrozos.

—¡Es terrible!, murmuraba D'Argenton, que miraba consternado todo aquello, y que, de pálido que estaba, se había puesto totalmente amarillo.

Carlota sentía que los ojos se le arrasaban en lágrimas.

—Y ustedes, ¿creen esto?, dijo el viejo Rivals sin poderse contener... Eso es medicina de salvaje. Se están burlando de ustedes.

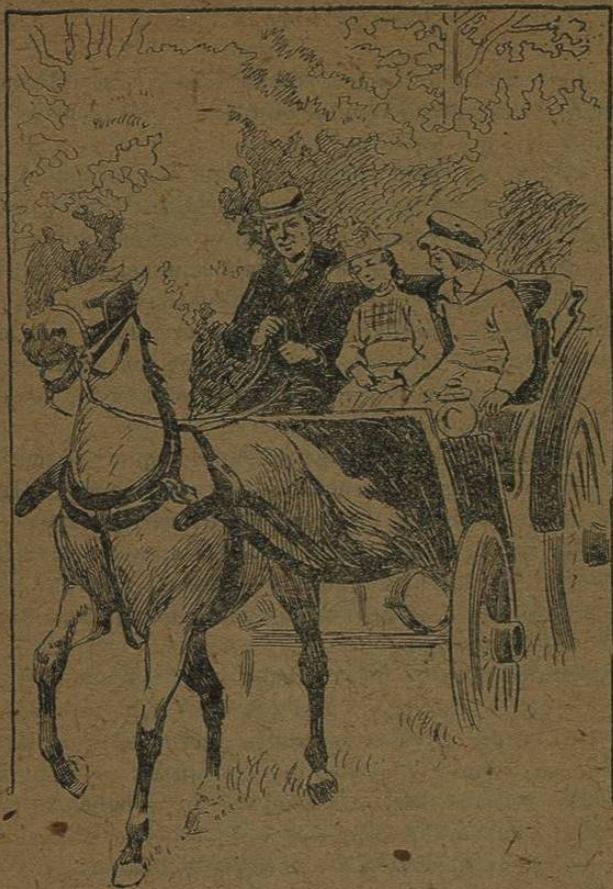
—¡Ah! Permítame usted, querido colega...

Pero el anciano ya no escuchaba nada; había tomado el grog más cargado que de costumbre, y á lucha se entabló de una manera terrible.

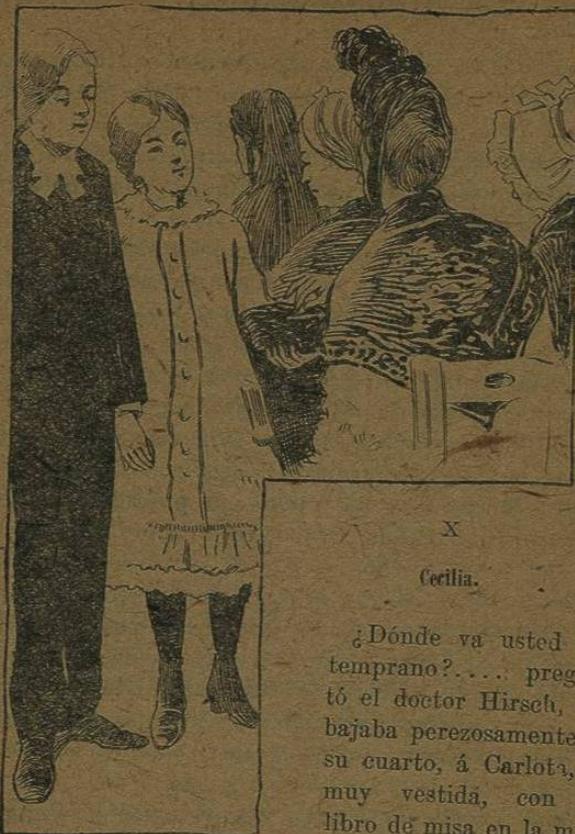
De pie, enfrente el uno del otro, con los puños cerrados, se lanzaban nombres de médicos, títulos de libros griegos, latinos, escandinavos, indios, chinos, cochinchinos. Hirsch llevaba ventaja en aquellas citas que, por lo raras, no podían ser comprobadas; pero el bueno de Rivals triunfaba por su voz formidable y lo pintoresco de su lenguaje, reemplazando los argumentos con amenazas de tirar á su adversario al agua "por encima de la borda."

Ni Jack ni Carlota se asustaban de aquella discusión violenta; habían presenciado otras muchas en el Gimnasio. Labassindre, impacientado de ver que no podía meter su cucharada, se había ido á apoyar melancólicamente en la balastrada de la terraza para lanzar á los dormidos ecos del bosque su famosa nota, retumbante y profunda.

El aire todo de los alrededores se conmovió. Hubo aleteos en el follaje, y los pavos reales de las quintas vecinas, los pavos reales, asustados, nerviosos, contestaron con esos gritos de alarma que dirigen al cielo en las tardes tormentosas del verano. En sus cabañas despertaron también los campesinos de los alrededores. La vieja Salé y su marido se atrevieron á echar una mirada curiosa á las vidrieras iluminadas de la casa de los parisienses, mientras la luna alumbraba la fachada blanca donde en letras doradas se destacaba la divisa de la casa: "Párva domus, magna quies"... "A casa pequeña, gran reposo."



..... La gran alegría del anciano, fué llevar á los niños consigo en sus excursiones.



X

Cecilia.

¿Dónde va usted tan temprano?... preguntó el doctor Hirsch, que bajaba perezosamente de su cuarto, á Carlota, ya muy vestida, con un libro de misa en la mano

y seguida de Jack, al cual había vuelto á vestir con el traje favorito de lord Peambock, alargado para esta circunstancia, pero aún resultaba corto.

—Vamos á misa, amigo mío. Hoy ofrezco yo el pan bendito. ¿No se lo ha dicho á usted D'Argenton?... Pronto; dése usted prisa... Hoy es necesario que todo el mundo vaya á la iglesia.